clavitud, surgen en el frenesí de la ira. Ser débil es ignorar el propio derecho, es vivir en un régimen de sometimiento. El acobardado que se entrega a la tropelía, representa una serie de antiguas generaciones oprimidas. La cadena deja huellas largamente.

Así en los viejos, nobles otorgamientos de las altas estirpes, se exigía la prueba de perdurable libertad de los antepasados. Un esclavo manchaba una familia. Porque se sospechaba que una sola gota de sangre sierva, llegado el momento de la digna reclamación, esa gota envenenaría la totalidad del ser y un derecho santo pereciera por el atavismo del pristino, lejano hábito del encadenado servilismo.

Quien no sabe reclamar, merece el oprobio de la servidumbre. Y este es el caso hispánico. Aquí se pasa de la vejación tolerada a la iracunda protesta. Por eso se nos ha concedido el derecho electoral y no le hemos estimado.

El motín, no el escrutinio de las urnas, es la expresión del querer social; y como el motín es escarnio del derecho, cuanto de él sale es ignominia, retroceso, barbarie y crimen, dándose el fenómeno de que los que piden justicia son castigados porque es inevitable la restauración de la ley y con ese castigo se afirma el imperio de los autores de la iniquidad.

Olózaga dijo un día: *Al pasar de vasallos a ciudadanos se nos ha abandonado por los que debieron ser maestros. Y así no sabemos el modo de existir en la novísima vida...*

Y un caudillo de la política, tan poco dado a los amores novísimos de la ciudadanía como O'Donell,

© 2011 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación